

Dos peligros de las intervenciones bancarias

PARECE existir acuerdo general de que el sistema financiero chileno había llegado a un punto crítico, que exigía urgentes saneamientos y correctivos.

No tengo suficientes elementos de juicio para apreciar si las medidas escogidas al efecto por la autoridad económica son o no las más acertadas. Presumo que ésta habrá sopesado todas las alternativas posibles, antes de inclinarse por la elegida.

Confío, asimismo, en que dicha autoridad extremará las providencias para que el inevitable daño que esta situación acarrea a tantos miles de chilenos, se atenúe al mínimo posible. Y para que las repercusiones de las medidas sobre el crédito externo sean lo menos desfavorables hacia el futuro.

SIN embargo, siendo lo anterior de capital importancia, deseo centrar estas líneas en los dos peligros más graves que advierto en esta emergencia.

El primero de ellos se refiere a la fácil tentación de caer en juicios unilaterales al analizar las causas y responsabilidades del problema. Así como estimo indispensable que dicho diagnóstico se realice —y a fondo— pienso que ello sólo tiene sentido en la perspectiva serena y constructiva de juzgar esta compleja realidad en

todas sus facetas, y de no simplificarla con consignas panfletarias y demagógicas.

CUADROS como éste se prestan especialmente para que las pasiones personales y políticas, el sensacionalismo periodístico y la audacia propia de aviesas intenciones, se desaten virulentas. Pero jamás ha salido —ni podrá salir— de eso nada que no sea estiércol. De ahí la importancia de poner coto a toda campaña denigratoria.

Aplicar con justicia la ley a quienes la hayan transgredido es un deber sano y profiláctico. Asumir o propiciar, en cambio, actitudes persecutorias o vengativas podrá satisfacer oscuros resentimientos y torcidos propósitos, pero no lograría efectos benéficos duraderos y nos introduciría por un camino de final imprevisible.

El otro serio peligro de esta coyuntura consiste en la pendiente estatista a la cual nos encontramos expuestos.

“Las campañas denigratorias... y un estatismo que nos colocaría nuevamente en la mediocridad socializante, umbral de la amenaza totalitaria”...



LAS medidas en comentario implican el paso por una situación donde el Estado adquirirá un gigantesco control sobre el crédito y sobre el aparato productivo nacional, de difícil parangón en nuestra historia. En cuanto se asuma como fenómeno eminentemente transitorio, ello podría entenderse en el carácter excepcional propio de las emergencias. Pero no nos engañemos.

Revertir dicho cuadro hacia un nuevo proceso privatizador encontrará muchos obstáculos. Desde la inercia burocrática hasta las seducciones que el dirigismo discrecional puede ejercer sobre las autoridades y los interventores que la representen. Des-

de la acción de quienes confunden —o desean confundir— las fallas de determinadas políticas específicas con el sistema de economía libre como tal, hasta los que generalizan conductas indebidas de algunos empresarios, extendiendo sus críticas al empresariado chileno en general.

TODO ello sin contar con la probable renuencia futura del capital, nacional y extranjero, a aventurarse en un esquema del cual pudiere salir debilitado el pleno respeto al derecho de propiedad y el principio de la no discriminación económica.

Hoy más que nunca resulta imperioso enfatizar que el camino de libertad emprendido el 11 de septiembre de 1973 es indisoluble de una estructura económico-social construida sobre la propiedad privada y la libre iniciativa particular, en los marcos de un Estado subsidiario. Así lo proclama la Declaración de Principios del actual gobierno al señalar que el principio de subsidiariedad es la clave de una sociedad auténticamente libre. Así lo reafirma la Constitución vigente al diseñar el proyecto político democrático que Chile se trazó en ella como meta.

CORREGIR los errores cometidos en esta experiencia nueva de libertad aparece indispensable. Pero desilusionarse del objetivo —o abandonarlo— frustraría el esfuerzo de nueve años y colocaría nuevamente a Chile en la chata mediocridad socializante, umbral de la amenaza totalitaria de la cual nos liberamos en 1973.